

LA CRISIS DE LA SOCIEDAD ESCLAVISTA

Las etapas de transición constituyen, sin duda, el área temática de mayor conflictividad entre los historiadores actuales. Ha sido, sin embargo, de una meridiana claridad para todo historiador de oficio que un cambio viene precedido por una lenta gestación que se realiza en un período anterior, y presenta una serie no siempre fácil de caracterizar compuesta de los elementos indicadores de esa misma mutación. La historiografía marxista ha utilizado, muchas veces de manera cuestionable, la sucesión de formaciones sociales y sus sucesivas épocas de transición, anotadas por Carlos Marx en una serie de textos, pero fundamentalmente en los conocidos de manera abreviada como los **Formen**.

Esto ha incidido en dos direcciones más o menos simultáneas: por un lado, atrajo la atención hacia la existencia de estructuras económico-sociales diferenciadas y que se sucedían en el tiempo al agotarse las posibilidades de desarrollo de las anteriores; por el otro, desencadenó un cúmulo de interpretaciones más o menos dogmáticas —hay que tener en cuenta, para percibir con claridad este hecho las coyunturas políticas mundiales—, pero que se han visto, en los últimos decenios, corregidas por la existencia, en todos los polos políticos, de historiadores de profesión, que han puesto lo mejor de sí mismos para acercarse con la mayor objetividad al problema que presenta el pasaje de un modo de producción a otro. Desde luego, como se ha anotado ya más arriba, toda etapa de cambio supone un período preparatorio —aun cuando se trate de un cambio revolucionario— que conduce a esa instancia definitiva que sustanciará las transformaciones; una especie de genealogía de los diferentes factores históricos que se

congregan para producir esa estructura cambiante que es la transición. Y por fuerza, la existencia misma de esa situación histórica, la visión que de ella se ofrezca, queda implícita en el concepto de periodización que maneja el investigador.

Dentro del campo teórico de la historiografía marxista, la problemática no es menor, puesto que Marx y Engels no han hecho otra cosa sino señalar la existencia de un problema que exigía un estudio científico más documentado. Ciertamente, muchos de los aspectos fundamentales fueron anotados por ellos, pero mucho quedaba por hacer en un terreno en el cual no habían profundizado demasiado; entre otras razones, por una limitación científica insuperable en su época: la antropología era, en esos tiempos, una ciencia naciente; igual cosa sucedía con el estudio de las civilizaciones primitivas, y con el conocimiento del mundo antiguo, así como el de la Edad Media. Todos ellos recibieron un gran impulso durante los años finales del siglo pasado y comienzos del actual.

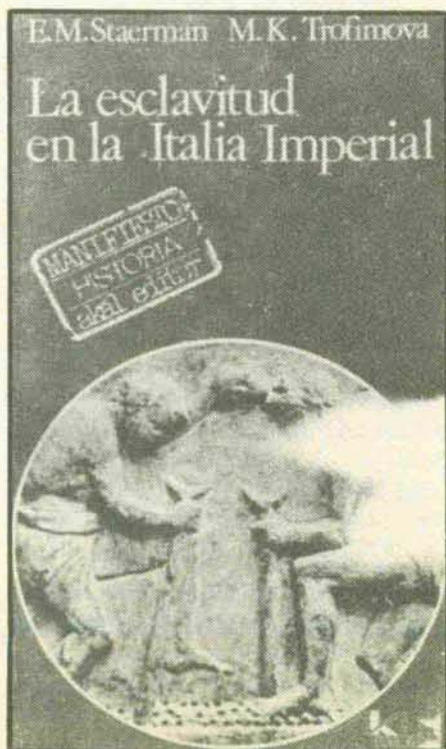
Atento a las anteriores comprobaciones, tenemos que admitir que la polémica acerca de la validez de las

etapas de transición es relativamente novedosa, y se origina fundamentalmente en la existencia de jóvenes estudiosos preocupados por el problema. Las aportaciones realizadas en ese campo por Marx y Engels tienen importancia, por cierto, como instrumento de análisis. Pero aún así, los resultados de las investigaciones producidas en los últimos años han debido superar barreras ideológicas, tanto en el área socialista como en el mundo occidental. Los estudios realizados en el área socialista permanecieron, en cierto modo, «congelados» para sus colegas occidentales por la existencia de la etapa histórica conocida como la guerra fría. No menos limitativa ha sido la situación para los historiadores de los países socialistas, puesto que cierto academicismo dogmático impuesto en el período de Stalin relegó a un plano muy menor —por lo menos hasta los años cincuenta— a los trabajos que se ajustaban a esa concepción.

Después de esta etapa, se produjo un cambio significativo en el enfoque historiográfico, y es entonces cuando surge plenamente a la luz la tarea realizada por E. M. Staerman, cuyas conclusiones fundamentales sobre el sistema esclavista en el mundo antiguo, su crisis, y su papel en la etapa de transición, se recogen en este libro (1). Claro que en muchos aspectos entra en colisión con los representantes de la ortodoxia marxista, sobre todo en lo tocante a las oposiciones de clases en el seno del mundo antiguo; cuál de ellas es la clase emergente y que cumple, por consiguiente, el papel fundamental en esa etapa de transformación social, etc.

Precisamente, su investigación demuestra que no es la clase de los esclavos —hasta ahora la versión más recibida— la portadora del cambio, sino la aristocracia terrateniente, que se encamina a pasos acelerados hacia la feudalización. Esto mismo exige, ante la presencia de nuevas formas de producción en

(1) E. M. Staerman y M. K. Trofimova, **La esclavitud en la Italia Imperial**. Madrid, Akal, 1979.



vías de desarrollo, la sustitución del esclavo por el colono vinculado a la tierra. Los autores sitúan históricamente esta instancia de transición en el período que se ha denominado «crisis del siglo IV» y que conoce, asimismo, las primeras presiones de los bárbaros sobre los límites del imperio romano. El siglo IV será, entonces, transicional, recorrido por estremecimientos sociales, y en el que se desarrollará la oposición entre las formas productivas nacientes y las antiguas que ensayan postergar su retirada del escenario histórico.

La tesis defendida en esta obra ha sido cuestionada no precisamente en el terreno histórico, donde ha demostrado encontrarse instalada sobre una sólida fundamentación erudita, sino desde el ángulo teórico y en su enfoque de la revolución social desde un punto de vista marxista. Lo que debe anotarse como fundamental en este libro es que nos proporciona una acabada reconstrucción histórica, eludiendo las generalizaciones apresuradas, con lo cual se sitúa en el marco de las investigaciones actuales sobre el mundo antiguo.

Si la esclavitud es un tema capital para intentar una explicación integral de las estructuras en el momento del pasaje de ese período al mundo feudal, entonces será, también, necesario obrar con amplitud de miras, discutir, analizar y esclarecer, presupuestos teóricos y metodológicos estableciendo un contacto más estrecho entre historiadores. Este es el clima donde se gesta la investigación en el mundo contemporáneo, y la historia reclama, como todo quehacer científico, el trabajo colectivo.

■ NELSON MARTINEZ DIAZ.

MEMORIA DEL FLAMENCO (1)

SE requiere una cimentada sensibilidad para transmitir la historia del pueblo gitano como lo hace Félix Grande. Son necesarias la solidaridad, el amor, la honestidad y la valentía para exponer la problemática de un grupo marginado constantemente y casi nunca reivindicado.

(1) Grande, Félix; «Memoria del Flamenco» (dos tomos), edit. Espasa-Calpe, Madrid, 1979. 768 págs.

do. Y son imprescindibles estudios minuciosos, compilaciones y selección de datos para legitimar la interpretación del arte flamenco sólo transferido oralmente a lo largo de generaciones. Como dice Caballero Bonald, Félix Grande es «... un ejemplar archivero de memorias que permanecían más o menos extraviadas y, a la vez, un sagaz restaurador de esas memorias con los dispositivos de la testificación personal» (pág. XI).

El texto es apasionado y objetivo; es deudor de estudios anteriores, pero el autor discute, polemiza, impulsa distintas opiniones y manifiesta siempre la propia. El yo biográfico se introduce en el discurso, se ofrece como ejemplo, pero no se muestra con vanidad protagónica, sino como vivencia dolorida o enamorada de una realidad y un arte que se apartan de la escala de los sentimientos comunes.

El estilo es personal, acalorado, hiriente; la denuncia lastima, no admite concesiones. Hay un sociólogo, un antropólogo, un historiador imbricados en un poeta y un músico.

La obra es un homenaje a la memoria («La memoria es viril y libertaria, e irrumpe cuando quiere» (Pág. 607)) de un pueblo, de sus tradiciones, de su cultura; a la laboriosa conservación de su ser, a la asimilación del dolor que produce belleza. «La memoria es también la verdad y la vida, otra manera de la sangre... La memoria no es regalo, no es una caricia del tiempo, no es invariablemente un bien: es un don y también un desafío al coraje, es un espejo de agua; es la palabra de honor que nuestra fidelidad le da a la vida» (pág. 8). Es la gran protectora de esta comunidad; la que le permite conformar una identidad. La memoria es el «cordón umbilical del tiempo». Una cultura que la pierde, se suicida; paraliza el motor que la alimenta. Recordar, es una especie de rito sagrado, de valentía obligada, porque «la memoria comporta una moral: que el olvido es una derrota, e incluso un epitafio» (pág. 19). Y el cantaor de flamenco hace justicia a esa memoria. Cantar es oficiar.

Si la primera manifestación de la lengua se articula como grito de dolor, el grito será siempre expresivo. El cante, es una forma de grito que se erige desde el recuerdo. «Da igual lo que diga una copla cuando esa copla

duele, incluso cuando esa copla nos restaña el dolor: lo que importa es la hondura que transporta la copla. Y dentro de la copla, lo que más importa es el grito. Pues bien, nuestro cante flamenco está lleno de gritos» (pág. 30). En la copla flamenca se sintetiza la historia desgarrante del pueblo gitano-andaluz. Es la pena de Andalucía hecha música y «quejío». Recibe la herencia de quienes salieron de la India y a través de los siglos fueron sufriendo (y cantando) por Asia y Europa hasta llegar a España. Aquí, también subsistieron y subsisten luchando con la pena, el miedo y la miseria. Su culto, su lealtad a la tradición y a los antepasados, es la defensa que oponen al racismo, a la hipocresía, a la aniquiladora integración o a la marginación y persecución que se les brinda. Cuanto más se los persigue por «otros», por distintos (como a los judíos, como a los negros) más pura mantienen su distinción, su otredad; más efectivos son sus lazos de familia, de clan.

El substrato bizantino, musulmán, judío, se entrelaza con la desgracia, el hambre, la injusticia, el fanatismo, para fecundar el acervo gitano que nutre el cante flamenco. «Pero no todas esas raíces de dolor están alimentadas en el hambre. El cante flamenco, como el jazz, se ha saciado también del horrible alimento del racismo. Los gitanos mezclaron sus músicas y sus danzas con las de los musulmanes y los judíos no únicamente debido al encuentro peninsular de semejanzas y contactos antiguos y a presumibles raíces comunes en la vieja familia de los siglos, sino también porque, a su llegada a nuestro país, las comunidades perseguidas en él eran la musulmana y la judía» (pág. 72).

El racismo es una enfermedad social que se aprovecha de la ignorancia y se apuntala con el orgullo y el fanatismo. Lo temible está en las consecuencias que acarrea sin la más mínima piedad. La culminación tal vez sea el holocausto judío ejecutado por los nazis, aunque no se deben olvidar las constantes persecuciones de las distintas etnias a lo largo del tiempo y en toda la extensión del mundo. Las leyes discriminatorias que se dictaron contra los gitanos se extendieron por toda Europa y por supuesto llegaron a España. No sólo son peligrosos el fanatismo religioso y la idea surrealista de pureza y superioridad de una raza; muchas ve-